

EL CONTEXTO DEL MOSAICO DE LAS CRÁTERAS DE CLUNIA

ROSARIO NAVARRO SÁEZ
ANTONIO RODRÍGUEZ CALERO*

Al Dr. Palol, amb el record sempre viu de tantes campanyes d'excavacions compartides en el paisatge de Clunia.

En la campaña de excavaciones, núm. XVI, del año 1974, se puso al descubierto todo el sector sudoeste de la casa núm. 3, que comprende todo un conjunto de habitaciones alineadas, que marcan el límite del edificio en su confluencia inmediata, por adosamiento al sur, con las llamadas Pequeñas Termas del Foro. De todas estas habitaciones, hemos elegido la número W 8, por la serie de elementos estructurales y decorativos conservados, consistentes en pared de alzado de adobes con restos de su revestimiento pictórico y pavimento de mosaico polícromo, ya objeto de estudio en otros trabajos (Fernández Galiano, 1980, p. 17-18; 24-26; Regueras, 1991, p. 144, 146 y 152). El objetivo de esta comunicación está más en la línea de dar a conocer el material, a modo de sucinto análisis de conjunto, que en tratar a fondo cada uno de los elementos representados.

Con todo el riesgo que conlleva aislar una habitación de la relación espacial y temporal que guarda con el resto de la casa, nos ha parecido obligado comenzar antes con una breve introducción, acerca de las cuestiones más importantes del edificio.

La casa núm. 3

La casa núm. 3, o de la ermita, se encuentra al este del foro, pero su

* *Colaboradores del Plan director de Clunia*

disposición de ejes es totalmente diversa del mismo y de la casa núm. 1, o de Taracena, situada más al noreste. Estas diferencias son el reflejo de diferentes fases y programas urbanísticos que inciden muy especialmente sobre ella (fig. 1).

En efecto, cabe señalar, (Palol, 1974, p. 58) que tanto el foro, en época claudia, como el *macellum*, en tiempos flavios, cortaron sucesivamente las habitaciones del sector oeste y norte de la casa, y que posteriormente, en época medieval, la ermita de Ntra. Sra. de Castro, acababa de hacerlo en la mitad noroccidental. Así, los niveles de cimentación del edificio flavio, corresponden a la destrucción de dos habitaciones de dicha casa, situadas al norte y ubicadas en el antiguo museo, que conservaban pinturas de sus paredes en amarillos y rojos, de la primera mitad del siglo I dC; los niveles de relleno contenían abundante *sigillata* hispánica antigua, de la segunda mitad del siglo I.

Estamos, en consecuencia, ante una *domus* muy antigua, de larga y compleja vida. Con habitaciones, como la W3, que en una segunda fase de vida, a datar a partir del siglo IV, rellena el subterráneo de su primera etapa, con adobes, para alcanzar la cota de la calle. El hallazgo de una rica serie de cerámicas de *terra sigillata* hispánica tardía y de un lote de monedas que van desde el emperador Galerio hasta Honorio-Arcadio así lo testimonian (Palol, 1974, p. 60).

A pesar de que es ya mucho lo excavado, todavía resta bastante superficie por conocer, o por lo menos, para hacer más comprensible la relación entre los diferentes ambientes que conforman la planta de la casa núm. 3. Aun así, en el lado noreste se distingue un pequeño *oecus* que da a la galería de un peristilo y otras cámaras laterales en las que se instala un *praeefurnium* de calefacción (Palol, 1974, p. 58-60).

El extremo sudoeste de la casa, entre cuyas habitaciones se cuenta la núm. 8, que será el objeto de nuestra atención, linda con el cardo lateral oriental del foro, cuya dirección en este sector sigue paralelamente el sentido ortogonal de la casa, hasta converger con el tramo principal de la calle que bordea el muro oriental del foro. La confluencia del cardo lateral con el principal originó el recorte de la habitación W7, lo que determinó su peculiar forma triangular.

A partir de este punto, o de la habitación triangular, se configuran en dirección sur los siguientes ambientes: la W8 o habitación del mosaico de las cráteras; sigue un espacio rectangular abierto, W 10, rodeado por

columnas en los lados sur y este, que Palol interpreta como jardín (Palol, 1978, p. 77-80). Tanto la habitación del mosaico como este último ambiente abierto se relacionaban con un pasillo o pórtico, que debe dar al peristilo central de la *domus*. La pared sur del jardín comparte un par de ventanas, del tipo lucernario, con un criptopórtico excavado en la roca que viene a continuación. Los niveles de destrucción de esta habitación, la W 11, han dado una gran cantidad de fragmentos de pintura mural, que, según Palol, no deben ser posteriores al último cuarto del siglo III, además con abundante cantidad de *sigillata* hispánica y cerámicas de Pedregales de finales del siglo I dC.

La última estancia es la W 13, con dos niveles de ocupación, el más reciente con un pavimento de mosaico polícromo, cuyas orlas y estilo presenta directas concomitancias con el de las cráteras (Palol, 1978, p. 77-80; fig. 24-26. Fernández Galiano, 1980, p. 17 y 23 y s.). Debajo del mosaico, el lote de cerámicas aparecidas, con *terra sigillata* hispánica, fundamentalmente, hacen fechar a Palol esta capa entre los años 60 y 70 dC.

A todo lo dicho, hay que añadir que la habitación núm. 8 está en medio de dos ambientes, W 7 y W 10, que han ofrecido sendos conjuntos de monedas de composición y cronología parecida no muy posterior al año 280 (Gurt, 1985, p. 133-135). Hallazgo que se produce en medio de un nivel de destrucción en el que se sucedían las cenizas y las pinturas de las paredes entremezcladas con el tapial y los adobes. Estas circunstancias estratigráficas se reproducen en la habitación del mosaico de las cráteras, sobre cuya superficie se acumulan tejas, cenizas y, sobre todo, una gran cantidad de trozos de la pintura mural.

Como resultado de todas estas dataciones, tenemos dos términos para encuadrar, en principio, las habitaciones con mosaico; esto es, entre finales del siglo I dC y el año 280, aproximadamente.

La habitación núm.8. Mosaico de las cráteras

La habitación W8 está situada entre la W7, con la que se comunicaba, en una primera fase, a través de una puerta en el ángulo noreste, luego cegada, y la W10, situada al sur, con la que no parece tener relación; los muros son dobles, a pesar de tratarse de un lugar abierto y en parte porticado. En todo caso, los dos ambientes contiguos y adosados sí se abrían al ambulacro de un peristilo.

La habitación tiene forma casi cuadrada, mide 5,61 por 5,56 m, que

son las medidas totales del mosaico del pavimento. En el momento de su aparición, éste presentaba tres fallos; uno grande, que corresponde al motivo central de la composición, que es un octógono, y dos laterales, en el ángulo sureste.

El mosaico estaba realizado en los siguientes colores: blanco, negro, amarillo ocre (dos tonos), rojo de Venecia y gris perla (dos tonos). A pesar de la policromía, aún se respira el aire del blanco y negro en los ribetes y en las orlas de enmarque. Las propias bandas marginales, que tocan directamente las paredes, son cubiertas por hileras de teselas preferentemente grises, que contrastan con el fondo blanco del tapiz musivo (Palol, 1994, fig. 72-77).

El mosaico desarrolla una composición centrada, a base de círculo dentro de cuadrado (4,80 m de lado), rodeada por trenza de dos cabos en cuyas esquinas se ubican cráteras semiesféricas doradas. Dentro del gran círculo, se encadenan ocho menores, en cuyos intervalos se asientan esbeltas cráteras campaniformes, con asas de volutas, alternativamente en amarillo y gris, mientras en las enjutas se adosan flores partidas de seis pétalos (fig. 2).

Sobre el pavimento -ya se ha indicado más arriba-, se hallaron gran cantidad de trozos de la pintura de las paredes, entremezclados y debajo de un nivel de tejas. Eran de varios colores, predominando los tonos rojos, azules y verdes. De tonos azules son algunos de los paneles que se alineaban en la parte inferior de la pared oeste de la habitación. Apenas se conservaba una franja de poco más de veinte centímetros de ancho, pero que dejaba ver sucesivamente paneles en colores azul, violeta, azul, violeta y negro. Estaban separados entre sí por filetes blancos.

En la pared norte, todavía restaba *in situ* una parte de la pintura, que debía corresponder a su zona media (fig. 3). La decoración, sobre fondo negro o en todo caso gris oscuro, consiste en guirnaldas curvilíneas, compuestas de cinco hojas de laurel, en verde, que desarrollan cuadrados curvilíneos que convergen en torno a un espacio en forma de ojiva. La composición, que nos falta en su conjunto, debe definir, en realidad, círculos secantes de cuatro hojas interpretados en clave vegetal. Dentro de cada cuadrado se inscribe otro menor, finamente ribeteado en amarillo con perlas y puntos que no llegan a alcanzar los ángulos. En la parte central del mismo, sólo se veían algunas hojas alargadas trífidas junto a un elemento vegetal, en rojo. Sería de esperar que tales motivos formarían un florón o algo similar. El núcleo ojival, perfilado por sencillo filete amarillo, del que cuelgan por dentro diminutos alvéolos huecos, también está decorado con elementos

vegetales. Uno alargado en el extremo, que acaba en tres puntas, y otro central inequívocamente, una roseta, cuadrilobulada en amarillo. Esta flor, algo más grande, ocupa la intersección exterior de las guirnaldas, por debajo de las cuales discurre con trazo seguro un ribete fino, en rojo.

Parte de esta composición había sido antes trazada con incisiones, cuyos vestigios dejan ver algunas dudas o repeticiones. La poca superficie conservada de la pintura después de su extracción, y las malas condiciones del pigmento cromático causadas por un pésimo soporte, hacen hoy día ardua la tarea de distinguir la decoración; sin embargo han favorecido la visión de los trazos incisivos, que antes pasaban desapercibidos.

Ahora, junto a los mismos se pueden distinguir una serie de grafitos, que insisten en el dibujo de unos caballos (fig. 4). A excepción de uno que aparece aislado en el margen superior de la izquierda, con los cuartos traseros representados, el resto surge agrupado a la derecha. Han sido dibujados de perfil, mirando hacia la izquierda. Lo que mejor se aprecia de ellos son las cabezas y la parte superior del cuerpo. Inicia la serie uno más pequeño en movimiento. De forma esporádica, también se distinguen algunas letras mayúsculas con las que resulta difícil, por el momento, establecer nombres o palabras.

La pared que soportaba la pintura y los grafitos se conservaba hasta una altura, aproximadamente, de 1,40 m, lo que permitió conocer su técnica constructiva (fig. 5). El zócalo estaba formado por dos o tres hiladas de piedras irregulares y de desigual tamaño, algunas de 0,40 m de longitud, sin llegar, en ninguna ocasión, a constituir asientos horizontales. Por encima, se desarrolla un primer alzado, compuesto por adobes, con hasta cinco hiladas superpuestas en alternancia, que tampoco consiguen la cota horizontal. Los adobes medían por lo general entre 28 y 30 cm de lado por 8 cm de grosor. El resto de la pared hasta la cota de destrucción se completaba con tapial.

Con esta técnica, al parecer en exclusiva, se construyó la otra cara de esta pared, pero en este caso, perteneciente a la otra habitación, la W7, con la que compartió puerta hasta ser tapiada, también con adobes. Aunque la pintura de esta habitación no llegue a alcanzar, en su longitud conservada, el marco de la citada puerta, parece obvio que si el soporte de la misma, el tapial, continúa sin interrupción hasta ese punto, superándolo y cubriendo dicho vano, es que, entonces, las pinturas de esta pared han de corresponder a una segunda fase. La decoración de esta habitación estaba compuesta por

p. 131-132 y 136), constata el mayor predominio del adobe, que se usa a lo largo de toda la vida de la colonia, en modalidades tales como en cierres de puertas y en zonas interiores; asimismo, en diversos tipos de reformas, como en los encuentros de muros, entre otras. En La Caridad (Caminreal, Teruel), casa construida en la segunda mitad del siglo II aC, se emplearon los adobes hasta en los muros perimetrales (Vicente et al., 1991, p. 95-97; fig. 21-22 y 25). En Contrebia Belaisca (Botorríta, Zaragoza), aparecen bajo pinturas del I estilo, datables en el primer cuarto del siglo I aC (Beltrán, 1991, p. 185; 188-191). Tampoco faltan en Bilbilis durante el siglo I dC (Martín-Bueno, 1991, p. 170-171 y 179).

En la Meseta castellana, en el convento jurídico cluniense, está presente una peculiar técnica consistente en paredes con un entramado de madera y adobe. Se observa en Tiermes, en la Casa del Acueducto, formando parte de tabiques o paredes internas de la mansión. Por el estilo de las pinturas en ella aparecidas, hay que fecharla entre mediados del siglo I y primera mitad del II dC (Argente, 1991, p. 220).

En la cercana Uxama, ciudad con la que tanta relación guarda Clunia, muy especialmente en la cuestión de los mosaicos, se construyen con adobes los alzados de algunas paredes, en concreto, los de la Casa de los Plintos, del siglo II y parte del III, y los de la Casa de la Atalaya, construida en época de Tiberio, y los de la Casa de la Cantera, datable en el Alto Imperio (García Merino, 1991, p. 240; 245-246).

Después de este recorrido por la arquitectura de la arcilla, no siempre fácil de apreciar en sus estructuras formales, debido a su carácter deleznable, sólo nos resta concluir, volviendo atrás, a la habitación núm. 8 de Clunia, en la consideración de que tanto el mosaico de las cráteras como la pinturas de las guirnaldas debieron convivir y complementarse, con sus decoraciones de círculos enlazados, al inicio de la época severiana.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD CASAL, L. (1982). *La Pintura romana en España*, 2 tomos, Sevilla.
- ARGENTE OLIVER, J. L. (1991). Tiermes, la roca como base para la vivienda doméstica en época romana, *La casa urbana hispanorromana* (Zaragoza, 1988), p. 213-232.
- BELTRÁN, A. (1991). Las casas del poblado de Contrebia Belaisca.

- Planteamiento de problemas y estado de la cuestión, *La casa urbana*, cit., p. 181-197.
- BELTRÁN LLORIS, M. (1991). La Colonia Celsa, *La casa urbana*, cit., p. 131-164.
- DESBAT, A. (1984). *Les fouilles de la rue des Farges a Lyon, 1974-1980*, Lyon.
- FERNÁNDEZ-GALIANO, D. (1980). *Mosaicos hispánicos de esquema a compás*, Guadalajara.
- GARCÍA MERINO, C. (1991). La casa urbana de Uxama Argaela, *La casa urbana*, cit., p. 233-259.
- GUITART, J.; PADRÓS P.; PUERTA C. (1991). La casa urbana de Baetulo, *La casa urbana*, cit. p. 35-55.
- GURT ESPARRAGUERA, J. M. (1985). *Clunia III. Hallazgos monetarios. La romanización de la Meseta Norte a través de la circulación monetaria en la ciudad de Clunia*. Exc. Arq. Esp. 145, Madrid.
- LUENGO MARTÍNEZ, J. M. (1962). Astorga romana (Memorias del Plan Nacional 1954-1955), *NAH*, V, Madrid, p. 152-176.
- MARTÍN-BUENO, M. (1991). Bilbilis: Arquitectura doméstica, *La casa urbana*, cit., p. 165-180.
- PALOL, P. de (1974). *Guía de Clunia* (3ª edición), Valladolid.
- PALOL, P. de (1978). *Guía de Clunia* (4ª edición), Valladolid.
- PALOL, P. de (1994). *Clunia. Historia de la ciudad y guía de las excavaciones*. (6ª edición actualizada), Burgos.
- PALOL, P. de; VILELLA J. (1987). *Clunia II. La epigrafía de Clunia*. Exc. Arq. Esp., 150, Madrid.
- PUIG OCHOA, M. R. (1977). Pintura romana de Clunia (Burgos), *Actas XIV CNA* (Vitoria. 1975), Zaragoza, p. 869-870.
- RAMOS, R. (1991). La casa urbana hispanorromana en Illici. *La casa urbana*, cit., p. 69-78.
- REGUERAS GRANDE, F. (1991). Mosaicos romanos de Asturica Augusta, *BSAA*, LVII, Valladolid, p. 131-157.
- SANTOS RETOLAZA, M., (1991). Distribución y evolución de la vivienda urbana tardorrepública y altoimperial en Ampurias, *La casa urbana*, cit., p. 19-34.
- VICENTE REDON, J. D.; PUNTER GÓMEZ, M. J.; ESCRICHE JAIME, C.; HERCE SAN MIGUEL, A. I. (1991). La Caridad (Caminreal, Teruel), *La casa urbana*, cit., p. 81-129.

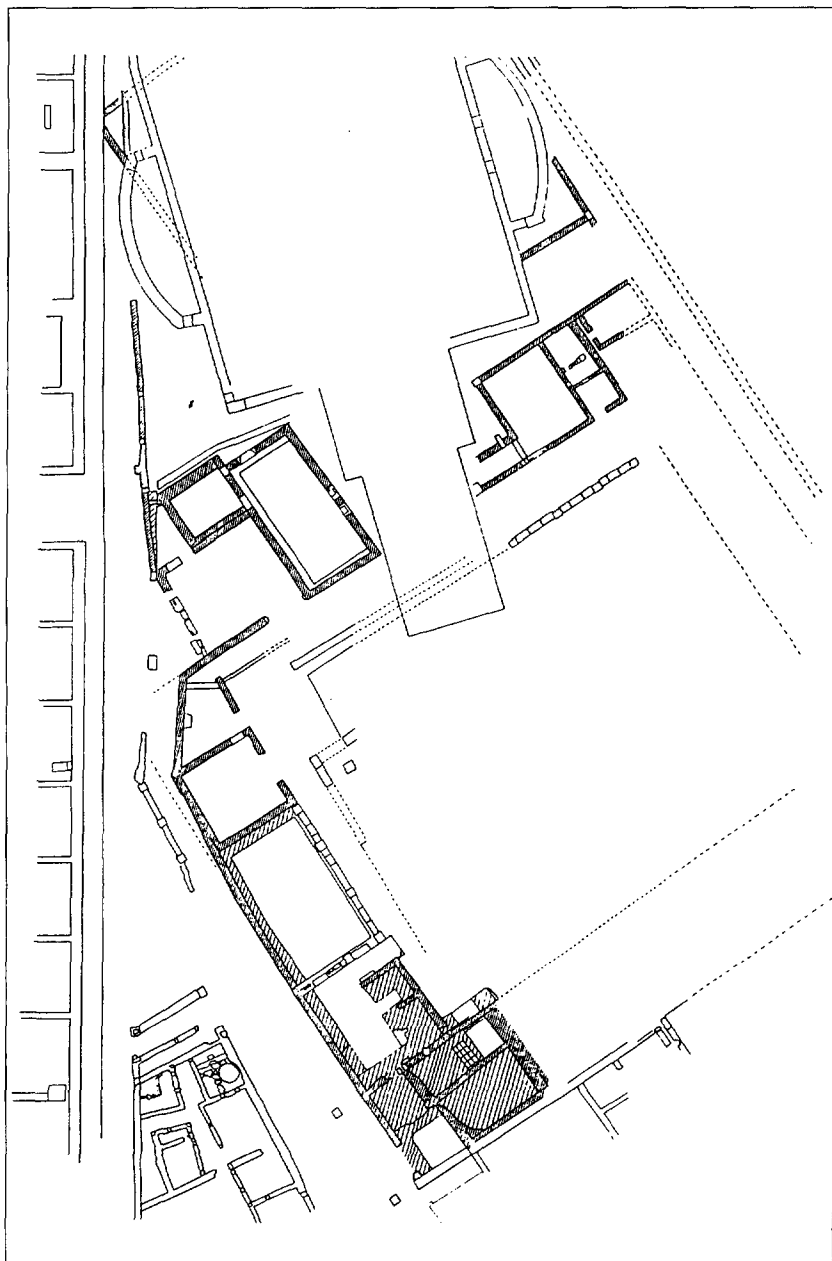


Figura 1. Clunia. Casa núm. 3. Planta general.

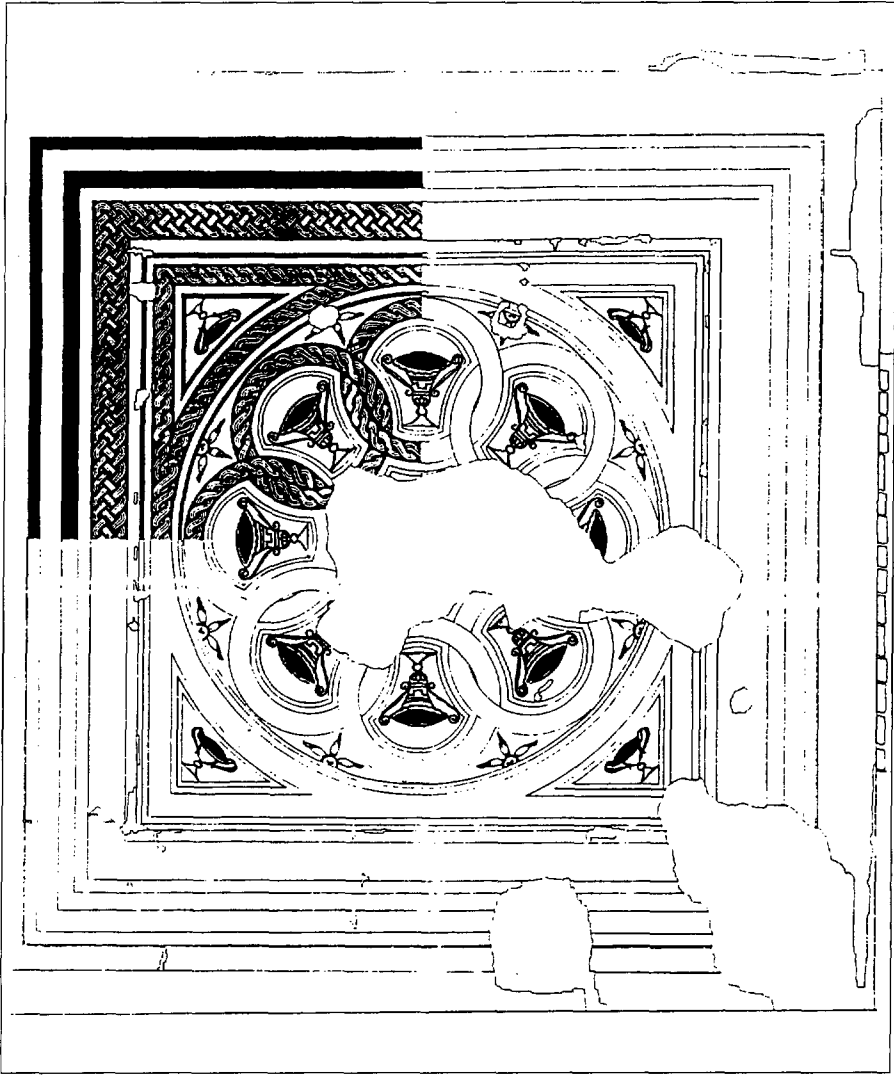


Figura 2. Mosaico de las Cráteras.

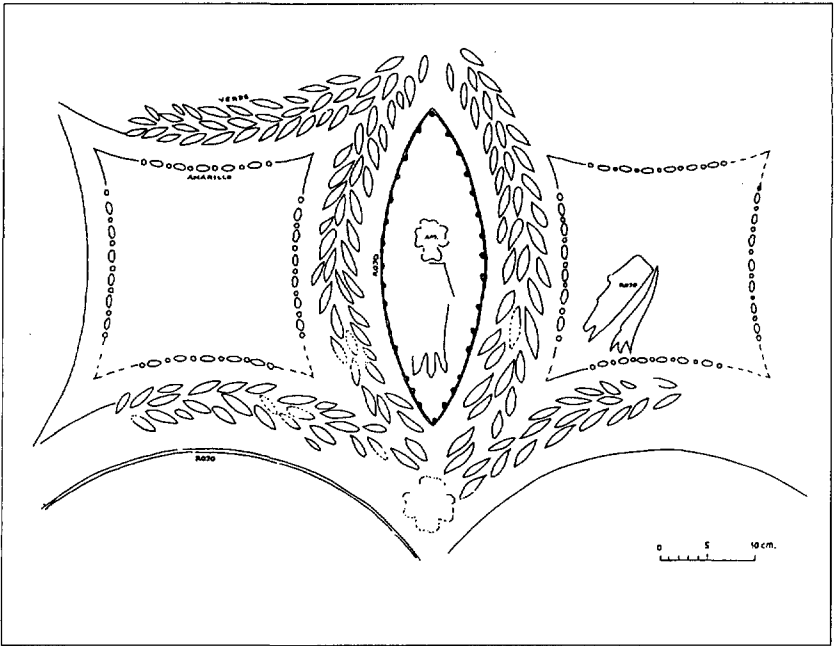


Figura 3. Pintura mural.

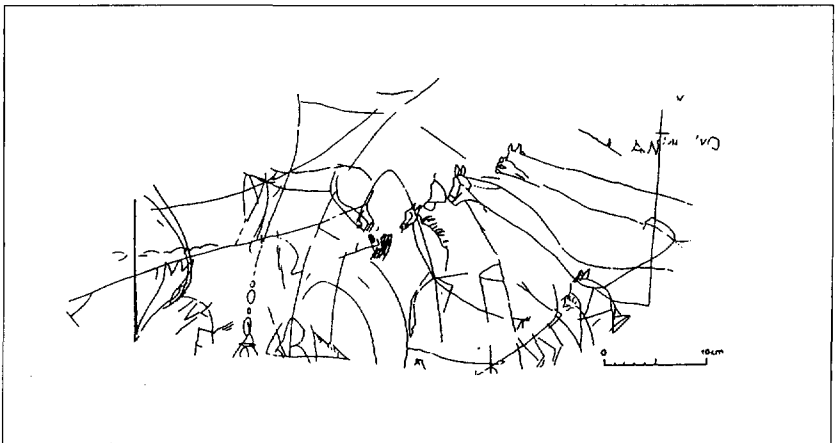


Figura 4. Grafitos.

EL CONTEXTO DEL MOSAICO DE LAS CRÁTERAS DE CLUNIA

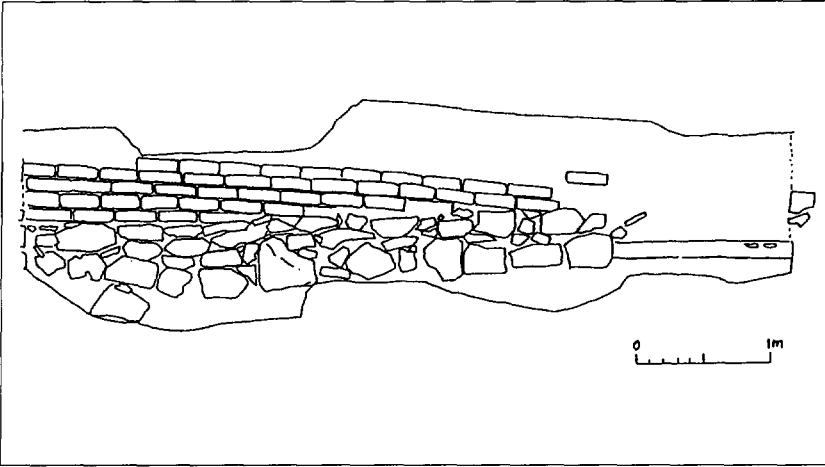


Figura 5. Muro de las pinturas y de los grafitos. Cara interna.

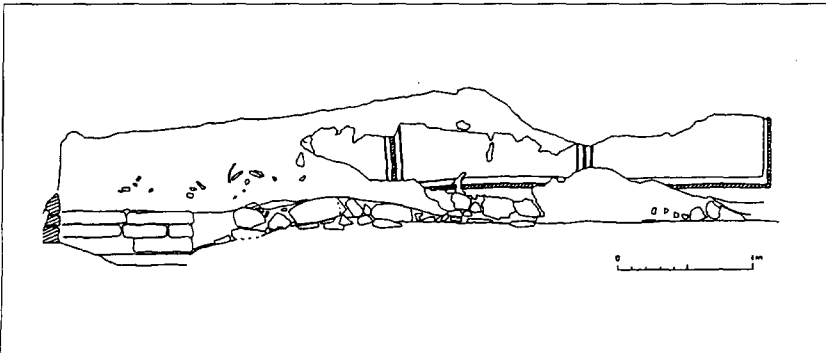


Figura 6. Muro de las pinturas y de los grafitos. Cara externa.